

DISCURSO DE APERTURA DEL CONGRESO

Tengo el privilegio de poder dirigir a todos vosotros el saludo de bienvenida a este Congreso de la Confederación. Nosotros solemos hablar del “Congreso de los abades”, pero me parece que esta expresión debe ser descartada, porque entre sus miembros y sus observadores, este Congreso, como también el anterior, incluye a personas que no son abades. Por tanto dirijo una cordial bienvenida ante todo a los abades y priores conventuales, miembros de derecho del Congreso, a aquellos que asisten por primera vez y a los que ya han tomado parte en congresos pasados. Luego dirijo también mi saludo de bienvenida, y de modo muy particular, a los numerosos priores de las comunidades semi-independientes o aún dependientes que se hallan entre nosotros. Es además un privilegio único poder saludar a nuestros observadores: los monjes que representan otras formas de monaquismo en Occidente, los que representan la tradición monástica de otras iglesias, y por vez primera, a las monjas y hermanas que siguen la Regla de San Benito.

Durante este Congreso tendré la ocasión de presentaros uno por uno a todos estos observadores.

La presencia de estos observadores me lleva a hacer un primer esbozo de la Confederación Benedictina tal como ella se me presenta, en el año 1973. En el sínodo de los obispos de 1969 y también en el de 1971 me impresionó el carácter internacional de la Iglesia no tanto por las diversas fisonomías de los obispos presentes, sino sobre todo por el aspecto intercultural de la asamblea. Una rápida ojeada a la sala del Sínodo mostraba que la Iglesia estaba allí representada de manera relevante por no decir predominante, por hombres venidos de África, de Asia, de la India, del cercano Oriente, sin hablar de América Central y de América del Sur.

En el curso de las discusiones, sobre todo en los grupos lingüísticos, fue evidente la existencia de ciertas tensiones a causa de este aspecto intercultural de la Iglesia; una tensión sana, podría agregar, que es la característica de todo crecimiento. Muchos obispos asiáticos y africanos tuvieron la impresión de que los obispos educados en nuestra cultura occidental no comprenden sus problemas particulares y su mentalidad. En suma, se sentía un esfuerzo real por parte de la Iglesia por extenderse más allá de los límites de esta civilización occidental.

De allí surgió un problema en mi espíritu, y es éste: ¿no pasará tal vez por esta lucha saludable también nuestra Confederación? En otras palabras, ¿somos también nosotros interculturales? Una comparación entre los miembros de nuestra asamblea y el Sínodo de los obispos muestra que nosotros no estamos aún tan avanzados como la Iglesia, en esta “interculturalización”. Muchos de nuestros monasterios de África y de Asia son, con pocas excepciones, relativamente jóvenes y nosotros aún no hemos hecho la experiencia de su aporte a la totalidad de la Confederación. Uno de los problemas más importantes para el futuro de la Confederación surgirá ciertamente en el sector de la expansión en el interior de otras culturas.

¿Podrá el monaquismo *benedictino* ser “trasplantado” a otras culturas o bien deberá asumir aspectos que aun siendo monásticos no son tradicionalmente aceptados en Occidente junto con el monaquismo benedictino? Ya en el momento mismo en que el monaquismo benedictino ha comenzado a florecer en nuevas regiones del mundo, se han presentado estas cuestiones, que pondrán en discusión nuestro pluralismo y nos obligarán a buscar cuál es la esencia del ideal monástico en la Iglesia, distinguiéndola de su ulterior desarrollo en la cultura occidental. Un ejemplo: en la mayor parte de las reuniones de monjes en África, en Asia o en América del Sur, ya no se hace la distinción entre Benedictinos, Cistercienses u otras formas de monaquismo. Estas distinciones u otras distinciones históricas venidas del Occidente, ¿deberán continuar en

otras culturas? Más aún, la cultura hindú posee una rica tradición de un tipo de oración silenciosa: ¿deberán esos monjes ser obligados a la recitación de un oficio considerablemente largo? Este problema y otros más, se tornarán más evidentes en los decenios que vendrán, al punto que se puede prever que un día se suscitará esta cuestión: ¿no será necesario que haya una confederación de *monjes* más bien que una confederación de Benedictinos solamente?

Estoy firmemente convencido de que el monaquismo, y asimismo el monaquismo cenobita de tipo benedictino, al contrario de otras órdenes religiosas modernas, es coextensivo de la Iglesia. En otras palabras, los valores esenciales de nuestra vocación son indispensables a la Iglesia allí donde ella se encuentra, valores como la vida común, la oración litúrgica, un ambiente que favorezca la oración personal, la *lectio divina*, el trabajo serio, un estilo de vida, los frutos del desprendimiento y de la ascesis manifestados por medio de la pobreza, de la castidad y de la obediencia. Las formas externas que traducen estos valores pueden variar, pero la esencia permanece.

Junto a este desafío que nos viene de las otras culturas, existe otro. Por razón de la novedad que representa el ideal monástico en ciertas regiones del mundo, los hombres y las mujeres que siguen esta misma vocación monástica se ven movidos a agruparse más y más para salvaguardar este valor auténtico. Por otra parte, en Occidente, esta ayuda recíproca y esta búsqueda común no han sido siempre evidentes. Y me parece que uno u otro de los grupos ha sufrido a causa de ello. Actualmente en la Iglesia no se trata ya de que un grupo determine el género de vida de otro grupo o bien sea llamado a crear una confederación de hombres y de mujeres, una especie de gigante incontrolable; se trata más bien de reconocer una vocación común, una lucha común y de crear los instrumentos de un diálogo.

Hoy nos damos cuenta de que Dios nos ha hablado a menudo a través de la *mulier fortis*. Esto era evidente en la historia de Israel, pero es también verdad en el Nuevo Testamento y en la historia de la Iglesia en general. La presencia de las doce observadoras es otro símbolo, por medio del cual se reconoce este valor de la búsqueda recíproca en el campo que tenemos en común.

A propósito del crecimiento cultural, es necesario hacer otra observación. Frente a esta época de expansión intercultural hay que evitar dos posiciones extremas. La primera es la de un dominio por parte de la cultura occidental, una especie de imperialismo del monaquismo occidental. Pero nuestra tradición secular benedictina de sano pluralismo, como también la ausencia de centralización y el rechazo de todas las tendencias hacia aquel tipo de uniformidad que tal centralización podría implicar, nos ayudarán, tal vez, a evitar tal dominio. Por lo tanto es importante apreciar en su justo valor este sano pluralismo en la expresión de ideales comunes y no fijarse sólo en que este pluralismo pueda transformarse en un factor de división. Pero a este respecto, se nota el desarrollo de otro grave peligro en la Iglesia y en particular en nuestros ambientes monásticos. Este peligro podría ser definido como “provincialismo”. Se lo podría definir como una especie de actitud introspectiva, una especie de autosuficiencia, una preocupación centrada únicamente en los problemas y los intereses locales, olvidando todo el resto. El “provincialismo” no siente la necesidad de mirar más allá del propio grupo, no demuestra ningún interés por “lo que el Espíritu dice a las Iglesias”. Probablemente semejante actitud es más visible en los Estados Unidos y en Europa a causa de los recientes acontecimientos políticos; pero es manifiesto que la Iglesia se está convirtiendo en un elemento activo en las naciones que luchan por la igualdad, por su identidad o por su independencia. El pluralismo, si bien es necesario, debe estar revestido de un contacto comprensivo y fructuoso con las otras formas culturales.

La incompreensión y la ignorancia llevan a una recíproca y temible desconfianza. He aquí por qué nuestra confederación es hoy más necesaria que nunca en la historia. Necesitamos fuentes de comunicación; necesitamos organismos y lugares de encuentro para el intercambio de nuestras experiencias si queremos ser verdaderamente coextensivos de la Iglesia. De otro modo,

podremos fácilmente declinar junto con la cultura occidental, y convertirnos así en campeones de los fenómenos occidentales, a los cuales se mira con nostalgia, fenómenos ciertamente sobrevivientes, pero fuera de la Iglesia viviente. Es verdad que cada monasterio debe insertarse en la Iglesia local en la cual se encuentra. De aquí viene su estabilidad, base de la autonomía de cada uno y por tanto del pluralismo en el interior de la Confederación. Pero una de las contribuciones del monasterio a la Iglesia local en razón de su separación del ambiente cultural es precisamente un sentido vivo de la Iglesia entera. Uno de los aspectos más interesantes del último Sínodo de los Obispos fue tal vez el hecho de que los miembros de las órdenes religiosas poseían una mejor comprensión de los problemas interculturales de la Iglesia que la mayor parte de los obispos locales. Y es igualmente necesario señalar que este “provincialismo” tiene repercusiones muy fuertes también en San Anselmo. No se puede percibir la necesidad de una escuela internacional si no se siente la necesidad de un diálogo más amplio que el que podría darse dentro de los límites de la propia comunidad. Algo de esta falta de interés y de comprensión respecto de San Anselmo y de su razón de existir proviene sin duda de este provincialismo cultural. Más tarde tendremos nuevamente la ocasión de hablar de San Anselmo y de sus múltiples problemas.

En el Congreso de 1970 cuando se discutieron las tendencias más notables dentro de la Confederación, se observó entre nosotros cierto pluralismo con respecto al valor del cenobitismo en sí. La importancia que una determinada comunidad atribuye a la contribución de cada monje en la búsqueda de Dios por medio de sus hermanos, modifica fuertemente la vida de oración y el estilo de vida de la comunidad. Esto significa que en algunos monasterios, más que en otros, el papel de la “ayuda de muchos hermanos” ocupa un lugar más destacado en la escala de los valores para la búsqueda de Dios y presenta un contenido más positivo. Este valor podría ser llamado la “fraternidad”. A la inversa, en otras comunidades, el silencio y las prácticas ascéticas ocupan un lugar más elevado en esta escala de valores para la búsqueda de Dios; esto podría ser llamado “soledad”. Una y otra acentuación son aspectos válidos de nuestro pluralismo y su integración contribuye no poco a describir el único espíritu de cada grupo. Con todo el primer grupo, el que insiste en la fraternidad, no parece haber sido comprendido aún, particularmente en lo que concierne a las necesidades litúrgicas que tal tendencia implica. Este fenómeno será estudiado (*affrontato*) en el tema general de la “experiencia de Dios”.

Aquí quiero simplemente destacar que a mi parecer la fortísima convicción de hace pocos años, de que sólo las pequeñas comunidades ofrecen la posibilidad de realizar los valores de la vida cenobítica, ha desaparecido y se siente ahora que el fenómeno de las pequeñas comunidades ya no está tan firme como antes. Por otra parte la búsqueda de una existencia cenobítica más sencilla y más consciente, sin negar con todo el silencio, la oración personal y, el trabajo honesto, no ha disminuido. Tal vez estamos a punto de encontrar un sano equilibrio entre estos dos elementos, también en los grandes monasterios.

Sin ninguna duda también la imagen de la Orden benedictina se halla en vías de cambio y es diferente de la que se presentaba al espíritu de muchos jóvenes en y fuera de la Iglesia. Esta imagen no corresponde frecuentemente a la realidad de los hechos, pues a menudo estaba condicionada por el desarrollo histórico del monaquismo en la Edad Media. Sin querer emitir un juicio sobre la legitimidad de ese desarrollo en la época posterior a san Benito, hoy parece más interesante el fenómeno del monaquismo en sus orígenes y en sus formas pre-benedictinas, con miras a un mejor análisis de su papel en la Iglesia. Estos estudios, por otra parte, están de acuerdo con los deseos expresados en el decreto *Perfectae caritatis*, donde varias veces se insiste sobre el estudio del carisma original del fundador. Ahora bien, san Benito es ciertamente nuestro fundador, pero no en el sentido de un fundador de congregación moderna. Su obra es el resultado de lo mejor que había en las precedentes experiencias monásticas. Si tal estudio saca a luz ciertos aspectos del monaquismo, tal vez descuidados, o por lo menos desdibujados, en la Edad Media, entonces podemos felicitarnos. Es de desear que estos aspectos no se queden en objeto de mera búsqueda histórica, sino que produzcan frutos para la vida monástica de hoy.

Por otra parte, en el cambio de la “imagen” del monaquismo, existen dos aspectos que dan lugar a preocupaciones y que merecen mención particular. El primero es la figura del abad, que hoy atraviesa por una crisis. No es mi intención examinar aquí este fenómeno, pero puedo indicaros algunos aspectos o ciertos puntos de vista que deberíais discutir al tratar el problema del papel del abad y de la dimensión espiritual que debe dar a su comunidad. Es verdad que en estos últimos años gran número de abades han renunciado a su cargo y que gran número de comunidades tienen cierta repugnancia a elegir un abad y prefieren un prior administrador. No quiero decir con esto que los abades no deben presentar sus dimisiones (¡a menudo los que deberían hacerlo no lo hacen!); constato solamente que cierta falta de estabilidad en la autoridad y la repugnancia por parte de las comunidades a elegirse un abad son signos de una crisis de la imagen que nos hemos hecho del mismo abad y de su papel; en todo caso esto puede provocar tal crisis o tal confusión.

De los 216 miembros de derecho del Congreso de Abades, más de la mitad -es decir 111- no estaban presentes en el Congreso electivo de 1967. Sesenta y uno de los actualmente presentes, no participaron en el Congreso de 1970. Probablemente el problema de la figura y del papel del abad es un tema demasiado vasto para el actual Congreso y tendría que ser diferido para otro. Pero deberíamos plantearnos hoy las siguientes cuestiones: ¿cuál es la figura del abad? ¿Cómo debería ser? ¿Por qué esta proliferación de priores administradores? Los motivos pueden ser diferentes según los casos, pero sería provechoso comparar las diversas experiencias desde este punto de vista. Hay actualmente en la Confederación alrededor de 16 priores administradores.

Un segundo punto importante en el cambio de nuestra imagen, un cambio que también está relacionado con la existencia de San Anselmo, es cierto descenso del nivel intelectual en nuestras comunidades. El número de personas calificadas: teólogos, liturgistas, historiadores, músicos y artistas, está ciertamente por debajo de la imagen que el mundo se hace de nosotros. Por mi parte, pero se trata de una observación puramente personal, lamento esta pérdida.

Respecto de esto, la imagen que se tiene de nosotros es un poco exagerada, pero el número y la calidad de los estudios científicos, de las ediciones y de las publicaciones garantizan cierta reputación. Tal vez la razón de este descenso hay que buscarla en diferentes fenómenos. El número de las vocaciones ha disminuido y hay una tendencia a no especializar a los jóvenes sino en la medida de las necesidades prácticas de las comunidades y a descuidar así la profundización de los estudios. Nuestras vocaciones, por otra parte, provienen de los ambientes sociales llamados clase media o inferior, y por consiguiente, difíciles de llevar a aquel nivel intelectual.

Los problemas sociales y económicos que los monasterios deben enfrentar no permiten investigaciones científicas profundizadas y a menudo costosas. Finalmente los monasterios que tienen pocas vocaciones ya no forman a sus jóvenes con personal propio, por lo cual ya no necesitan profesores en estas ramas del saber científico.

Sean cuales fueren las razones, este descenso del nivel intelectual tiene también repercusiones en el nivel espiritual de la comunidad. Si algo he aprendido estos últimos años, ello se refiere a la existencia de una relación determinada entre la formación intelectual de los monjes, en particular en lo que concierne a las ciencias teológicas y escriturísticas, y el nivel espiritual de la comunidad. Tal vez el pasado reciente ha manifestado en nuestros ambientes el crecimiento de cierto anti-intelectualismo y una actitud anti-teológica provocados por los abusos; hay monjes que han obtenido sus grados académicos superiores únicamente con el fin de ocupar puestos profesionales fuera de su monasterio, monjes que han hecho de sus estudios no un medio sino un fin en sí mismo y no han dado un buen ejemplo de estabilidad monástica y de madurez. Sea lo que fuere, no debemos admitir que consideraciones puramente negativas o el temor de abusos, destruyan una tradición que ha permitido a nuestra Orden proporcionar una verdadera contribución a la Iglesia local y a la Iglesia universal.

Otro fenómeno interesante en el seno de la Confederación es cierto cambio en el concepto de Congregación monástica. No estoy seguro de que alguna vez se haya hecho un estudio sobre los diferentes modos con los cuales este concepto -que nunca ha sido claramente definido- ha sido puesto en práctica en las 18 Congregaciones que constituyen nuestra Confederación. Tal estudio sería interesante para las monjas que, actualmente y por primera vez, constituyen Federaciones. Otro adelanto interesante para los miembros de la Confederación es la formación de grupos nacionales o lingüísticos, como la Conferencia de Salzburgo, la CIMBRA, la UMIL, etc. El porvenir de tales uniones y sus relaciones con las diversas Congregaciones serán bastante importantes en los próximos decenios.

En el activo de este balance pueden inscribirse muchos aspectos cargados de esperanza para el porvenir. Si bien nuestra expansión no es aún coextensiva de la Iglesia, con todo vamos por buen camino. Nunca nuestros jóvenes retoños, los monasterios del tercer mundo, han suscitado tanto interés y solicitud como actualmente. En cuanto a los otros países del mundo, si bien en ciertos países y en algunas Congregaciones el escaso número de vocaciones causa aún un poco de inquietud para el porvenir, un progreso por etapas, pero real, se manifiesta, como también una estabilización respecto de las deserciones de la vida monástica.

Hoy uno de los aspectos más positivos de la Confederación reside, tal vez, en el interés y en el deseo de una vida de profunda oración. Los indultos sobre la liturgia que hemos obtenido han ejercido una influencia verdaderamente benéfica en la vida de los monjes de esas comunidades, las cuales no se han contentado con cambios exteriores, sino que han procedido a un estudio más profundizado y a una mejor comprensión de la liturgia y por medio de ella a una oración más personal. Sin duda, el primitivo fervor de la creatividad, que hace cinco años había caracterizado los cambios, parece ir disminuyendo, pero los resultados obtenidos son importantes y convenientes. Es un motivo de aliento ver una mayor participación de los laicos en nuestra liturgia monástica, especialmente en los monasterios donde tal interés era casi desconocido. De esto puedo dar un testimonio personal porque lo he visto en el curso de mis visitas a los monasterios.

En las conversaciones que he tenido con monjes de diversas partes ha surgido otra cuestión: ¿qué leen los monjes en su *lectio divina*? La respuesta es invariable: la Biblia. Entre nosotros se ha acrecentado un verdadero amor a la Sagrada Escritura. Probablemente los autores clásicos y monásticos han sido un poco dejados de lado, pero la ganancia adquirida por la frecuentación de la Sagrada Escritura es positiva. Este nuevo amor es también el resultado de la renovación litúrgica y del empleo frecuente de la Escritura en la proclamación de la Palabra.

Mi último punto se refiere al Congreso mismo. Este podrá producir frutos si cada uno de nosotros está convencido de que tiene algo que aprender de los demás y si no tiene miedo de comunicar las propias experiencias. Al fundar la Confederación, León XIII se propuso crear un lugar para los intercambios más allá de las fronteras de las Congregaciones y de las naciones, y también, hoy podemos decirlo, más allá de las culturas. Por eso no hace falta que cada uno sienta la necesidad de admitir o de estar de acuerdo con todo lo que dicen los otros, pero es necesario esforzarse por comprender y estimar la verdadera búsqueda de Dios que los otros expresan. Si se inician las discusiones, y en particular aquellas sobre temas como la experiencia de Dios, el ecumenismo y la liturgia, creyendo que el Espíritu del Señor habita en nosotros, es decir, si nosotros tenemos estos *attonitis auribus* de los que habla san Benito en el Prólogo, entonces nuestra búsqueda de la voluntad de Dios ya no será puramente teórica y no permanecerá en un plano abstracto o histórico, sino que se tornará concreta. ¿Qué me dice Dios hoy a mí, como superior? ¿Qué dice Dios a mi comunidad? Todos estamos cansados de discusiones. No es tiempo para abundancia de palabras y para largos documentos, y sin duda el Congreso no producirá ningún documento. Es más bien tiempo de experimentar qué es la vida monástica. Si me está permitido expresar un secreto deseo o formular una súplica..., que los abades y priores dejen este Congreso con la decidida voluntad de buscar a Dios y con un programa preciso de lo que se puede hacer para dar a las propias comunidades un sentido más

profundo de la multiforme presencia de Dios en ellas, una presencia que debe ser buscada y escuchada. Esto sería más que suficiente.

Pero permítaseme decirlo claramente: nuestro porvenir no está en manos de aquellos que se contentan con denunciar los abusos de nuestro tiempo, sino en manos de los que tienen valores positivos, ideales espirituales, un coraje firme, una disciplina apropiada, pero ante todo un mensaje evangélico viviente, predicado con hechos y con palabras, testimoniado por medio de su comprensión y de su amor.

Esto es lo que buscan las jóvenes generaciones, pero no sólo ellas: es también lo que desean todos los verdaderos monjes y lo que nosotros superiores debemos asegurarles en este año 1973.